

ideas que les pertenece y que corre después por ahí reproducida en miles de ejemplares. Lo que ya casi no existe son pintores resuelta y honradamente detestables, de esos Orbanejas que en otro tiempo se iban de convento en convento y de casa en casa, alternando el San Antón con la Purísima, y el Cristo vertiendo almazarrón con el San Jerónimo semejante á un haz de espárragos barbudo... Este tipo clásico, ingenuo y primitivo, ha desaparecido de la superficie de la tierra. Hoy, hasta las diminutas tablas que se ofrecen á dos y á tres pesetas en los cafés, tienen una apariencia de maestría, unos brochazos desenfadados, unos golpes de verde y de azul que parecen decir: «Aquí está el genio, obligado por la necesidad á venderse muy baratito.»

* *

Las vergonzantes ofertas de los cafés quizás han dado origen á la idea de las subastas públicas. En efecto, la cuestión de venta era para los artistas problema insoluble. ¿Quién se atreve á subir á un estudio y regatear al mismo autor un cuadro? Es imposible discutir precios en tales condiciones: al fin no se trata ahí de una vara de lienzo ni de un cuarto arroba de azúcar. No hay forma de acercarse á un pintor ó un escultor para pedirle que rebaje diez duros. Los aficionados á cuadros modernos tenían el recurso de entenderse con uno de esos intermediarios que ahorran al artista la molestia y al comprador el sofoco. Pero en cambio, la mitad del vellón de la oveja se quedaba en la zarza. El parroquiano lo sospechaba, y no le hacía maldita la gracia el caso. Al artista le constaba, y tampoco debía de parecerle justo. El público, escamado, se desviaba cada vez más de los talleres.

Por otra parte (es preciso decirlo todo), los precios que los artistas señalaban en las exposiciones á sus cuadros horripilaban y encogían los bolsillos. Se hablaba de miles de pesetas, y hasta de miles de auros, como agua. Contribuían á este exceso las adquisiciones del Estado, siempre bien pagadas, y la media docena de casos felices en que algún millonario, algún antojadizo pudiente, se enamoraba de un asunto ó de una manera, y cubría de oro su capricho. La fastuosa leyenda corría de estudio en estudio, y no la codicia, el amor propio, se excitaba y se traducía en exigencias imposibles de satisfacer. «¿Vale menos mi cuadro que el de X.?,» pensaba para sí el artista, sin calcular que las preferencias artísticas son tan inexplicables, y á veces tan infundadas, como las amorosas. Y el cuadro, tasado en exorbitante precio, se revestía de una capa de polvo en un rincón del estudio, cuando no en el desván, hasta que el azar de los mercados extranjeros permitía deshacerse de él sin rubor en una cantidad infinitamente más discreta, ó hasta que — se han dado casos — sobre el lienzo con tanta ilusión manchado, pasaba el cuchillo implacable, preparándolo á ser otra vez útil para recibir nuevas manchas, evitando el dispendio de otro lienzo.

La dificultad de discutir condiciones de adquisición fué causa de que, poco á poco, hoy que tanto se regala á pretexto de fiestas onomásticas y bodas, se perdiese la costumbre de regalar cuadros. Se entra en casa del joyero, del florista, del mueblista, del confitero, y no se sube al estudio del pintor, porque el gasto que se va á hacer en la joyería ó en la tienda de flores puede calcularse duro arriba ó abajo, y el de un cuadro es absolutamente incalculable, fantástico y desconocido. Un cuadro no tiene tasa; y cuando digo que no tiene tasa, no es porque necesariamente sea excesivo su coste, sino porque así puede representar una respetable suma como una cantidad ínfima. Del cuadro adquirido en el taller, mano á mano y cara á cara, al cuadro pescado en el río revuelto de las almonedas, las ventas judiciales, las testamentarias y las tiendas de anticuario, va — en igualdad de mérito y firma — una distancia formidable, que asusta y confunde. Y después, el rubor, ese sentimiento penoso á que antes me refería... El comprador ve en un estudio ó en una Exposición, por ejemplo, una cabecita abocetada de mujer, ó un vasito con dos rosas, ó un grupito de árboles que sombrea un puente rústico; la tabla es como la palma de la mano, rodeada por un marco descomunal, que se la come. «Esto me convenía á mí para obsequiar á Fulana,» piensa allá en sus adentros. «¿Qué pedirán por esto? El artista habrá tardado en hacerlo media hora... Bueno, pero estas cosas no se miran así; la firma es lo que se busca; y después, el marco es de lujo... ¡Ea! Cincuenta ó sesenta duros habrá que soltar.» Y en voz un poco velada por la emoción, el aspirante se entera de la tasa. «Tres mil pesetas.» Un sudor frío le brota del pelo. «¡Atiza!» Y al retirarse precipitadamente con las manos en los bolsillos, dice alto: «Las vale, ya lo creo que las vale... Es una maravilla de factura...»

Las subastas han venido á remediar estos inconvenientes morales y materiales. Sale el cuadro; se canta su asunto, su autor, su tasa imaginaria (la real es la que decidirán las pujas) y, á partir de una suma insignificante, voces salidas de la concurrencia ofrecen lo que place á cada cual. En general, los cuadros, sin subir á aquellas inconmensurables alturas, sin cerarse en las nubes, suelen alcanzar un precio razonable y decoroso. Es de advertir que á este público mercado salen las primeras firmas: en una subasta á que asistí anteayer, se vendieron Pradillas y Sorollas. Ninguno llegó á las mil pesetas; alguno quedó por bajo de quinientas. Pero considérese lo difícil que es hoy, en momentos tan poco favorables al arte y á todo lo que representa un lujo y una superfluidad, arrancar mil pesetas á cambio de un lienzo ó una tabla. Bien mirado, el resultado de la subasta es un brillante triunfo para los artistas ilustres.

No hay objeto que no suba. Confieso que me admira el caso. Esos mismos objetos, expuestos en el escaparate de una tienda, probablemente allí se están años y años sin que á nadie se le ocurra pedirlos. Salen al tablado de la subasta, y al punto son pujados, disputados y adquiridos, á un precio poco diferente del que en la tienda tendrían. He visto platos modernos, imitación de los modelos hispano-árabes, de reflejos, que en el depósito de la Moncloa y en las fábricas de Manises se vendían á nueve ó diez pesetas, y en la subasta á ocho ó nueve. ¿Es esa problemática diferencia de diez *perros grandes* la que engatusa y decide á los compradores? Creo que no; que más bien es el *sport* de la puja, el gusto de llevarse lo que otro solicita y de vencerle delante de todos con un desembolso y un rasgo de generosidad. Este móvil psicológico ya lo había yo observado en la licitación del pollo de las Animas.

* *

¿Qué es el pollo de las Animas?, preguntará alguien que no esté al corriente de los usos y costumbres de mi tierra. Es un donativo en especie que algún devoto ofrece á las benditas ánimas del purgatorio, y que el párroco, á fin de convertirlo en numerario, vende en el atrio de la iglesia «á pujas» á la salida de la misa mayor. De pie sobre el tapial que cerca el atrio ó sobre una silla traída de la sacristía, el sacristán eleva la mercancía con la diestra, la columpia de las patas y chilla: «¡Un real, á la una! ¡Un real, á las dos!» (Allí se cuenta todavía por reales, cuartos y hasta ochavos.) El pollo de las Animas no suele ser de los más gordos y lucidos; por lo regular tiene la pluma aborascada, el pescuezo flaco y los ojos tristes. No obstante, la gente aldeana, que es ducha y que da tres vueltas á la faja antes de malgastar un céntimo, puja con ahinco el pollo, cuya adquisición produce emociones semejantes á las de la caza y la pesca, ó á las del contrabando.

* *

Las subastas satisfacen este instinto de lucha y de porfía que existe en la naturaleza humana. Divierten más que una sencilla compra, un rápido contrato verbal. Tienen lances. El mismo violetero que se vendió minutos ha en tres reales — es decir, el mismo no, pero uno idéntico, — se vende ahora en seis ó en ocho. ¿Por qué? Porque los licitadores están más vibrantes, más animados y con más humor de quitarse unos á otros el gusto. Además hay dichos, agudezas, incidentes, comentarios; todos vuelven la cabeza cuando alguien *sube* de pronto, y este movimiento halaga la vanidad del que acaba de revelar que posee una respetable suma y va á gastársela en un capricho. «¿Quién es ese Creso?» Y el Creso ríe, y otro Creso desconocido salta, impensadamente, con una oferta mayor, dejando tamaño á su contrincante... Todo alarde de fuerza entraña un goce de amor propio; toda discusión enciende y exalta; los espectadores pendientes de la puja son un auditorio como otro cualquiera, ante el cual no gusta quedar vencido... Y he aquí el secreto de las subastas, y por qué en ellas corre y se despacha lo que tal vez en el almacén no correría nunca, aunque fuese muy lindo y saliese realmente barato.

Y como las subastas sirven también de mataderos de ese inmortal llamado Tiempo — que se burla de nuestras asechanzas contra su vida, porque está seguro de que él acabará por dar cuenta de la nuestra, — no es extraño que se hayan puesto tan de moda, y que vayan entrando en nuestras costumbres, con su americanismo positivista, su noción de que todo en el mundo tiene un precio hecho — todo hasta el Arte, el cual, para los idealistas, vale tanto que no vale nada, — pues lo que carece de precio carece de valor, por carta de más.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORANEA

LAS SUBASTAS

Entre las diferentes maneras de pasar las horas de la tarde, sobre todo durante este mes de marzo, de temperatura desigual, tan pronto fría como tibia y pegajosa, en que el paseo no atrae, hay que contar el nuevo entretenimiento de las subastas que se verifican en dos ó tres salones situados en calles céntricas, y donde se reúne, de seis á ocho, un público curioso y franco de bolsillo. Todo lo que se canta se vende; para todo hay licitadores, con gran admiración de los que hemos oído decir que falta dinero y que las circunstancias son aflictivas y angustiosas.

En las subastas á que he asistido dominan tres clases de objetos: chirimboles japoneses — abanicos y pantallas de chimenea, — cacharros, panderetas pintadas y cuadros. De éstos, el surtido es inmenso é inagotable. Asusta pensar lo que se embadurna de tela y de papel en el mundo. Al servirme del verbo *embadurnar*, no lo hago en sentido despreciativo: uso esa palabra genéricamente. Los pintores dicen *manchar*, y llaman *manchas* y *manchitas* á bocetos algunas veces deliciosos. Empleo el verbo *embadurnar* porque los colores siempre quitan la limpidez á la tela ó al papel, siquiera los extienda la mano del mismísimo Velázquez; y repito que es mucho, que es extraordinario lo que hoy se embadurna. Existe una legión de pintores buenos, aceptables, agradables, que saben su oficio, que poseen el secreto de ciertas pinceladas y ciertas triquiñuelas que antaño se desconocían ó eran patrimonio únicamente de los maestros. Existen además los maestros reconocidos é indudables, que no sólo saben dar esas mismas pinceladas y sorprender esos mismos efectos de luz, sino que tienen *algo más*, un aire propio suyo y una suma de